



1761

## COMUNICACIÓN ACADÉMICA N°

*Del académico de número don Daniel  
Antoniotti, acerca de*

### MONDONGO

Señora Presidente:

En *El libro de Doña Petrona*, en las instrucciones sugeridas para las diversas recetas con mondongo, esa pionera en lo suyo que fue Petrona C. de Gandulfo da cuenta de la necesidad de procesar intensamente en la cocina hogareña (mediante hervores y otros recursos) este corte de carnicería, previo a su definitiva cocción, para quitarle el olor acre, tiernizarlo y refinar su sabor.

La demanda de tanta industria casera explica por qué en algún momento llegó a ser despreciado por los consumidores de paladar exigente. El mondongo era regalo para los esclavos en la época colonial, y luego para sus descendientes proletarizados, esos que aparecen en “El matadero” de Esteban Echeverría.

Si de antecedentes literarios locales se trata, el mondongo ya es mencionando en 1772 en ese formidable libro de viajes que es *El lazarillo de ciegos caminantes*, que firma el indio o mestizo Concolorcorvo (aunque su autoría siempre generó dudas y se atribuye al asturiano Alonso Carrió de Lavandera). Allí, al admirar las destrezas de facón de los gauderios (ya casi gauchos) de Montevideo, cuenta el autor que “lo más prodigioso es verlos matar una vaca, sacarle el mondongo y todo el sebo, que juntan en el vientre, y con una sola brasa de fuego o un trozo de estiércol seco de vacas, prenden fuego a aquel sebo”, y así da cuenta de una compleja parrillada, bastante alejada de las actuales, pues casi demora un día entero el tiempo de asado.

El mayor etimólogo de la lengua castellana, que, como muchos deben saber, es el catalán Joan Corominas, rastrea la palabra en España, ya en 1599. La da como de incierto origen, aunque su presunción se inclina por una raíz arábiga, por alteración de *bondongo*, y así, escrita con *b*, la encuentra en 1601. Procedería del árabe *batn*, que quiere decir ‘vientre’ y por trasposición de consonante aparece el sufijo *-ongo*; *batn* > *bondongo* > *mondongo*.

A lo largo del siglo XVII, Corominas encuentra muchos derivados, como *mondonguero*, *mondonguería*, *amondongado* y *desmondongar*.

Veremos que los africanistas dicen lo suyo sobre *mondongo* y las sinceras inseguridades del gran etimólogo, honestidad intelectual de los sabios verdaderos, dan pie para especulaciones. Aunque en la Argentina está más asociado a la vaca, el *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia define al mondongo como intestino y panza de las reses y especialmente del cerdo. María Antonia Osés, en su *Léxico de la carne* (publicado por la Academia Argentina de Letras en 2007), sin aludir explícitamente a la vaca, pero sobreentendiéndolo, describe al mondongo como “parte del estómago ubicada a la izquierda de la cavidad abdominal, compuesta por el rumen y el retículo, de superficie demarcada por surcos profundos en su exterior, con numerosas vellosidades y de aspecto áspero en su cara interna”. En otra acepción, Osés define a mondongo como “menudencia constituida por los cuatro compartimentos del estómago del animal”. Aclara la misma autora que “se come preferentemente en guisos, pero

también se acostumbra a prepararlo como milanesas. En España, a esta menudencia se la denomina callos”.

Las frases coloquiales *planchar mondongo* o *más difícil que planchar mondongo* expresan que algo es imposible de realizar por la dificultad que implica. En el *Diccionario fraseológico del habla argentina* (2010) de Pedro Luis Barcia y Gabriela Pauer se explican los alcances semánticos de la expresión *planchar mondongo* como ‘realizar una tarea quimérica’. Vinculada con esta actividad imaginaria del planchado de mondongo, se emplea la expresión *ir a planchar mondongo*, equivalente de ‘ir a freír churros’ o ‘ir a cantarle a Gardel’. Conjugada en modo imperativo, “andá a planchar mondongo” significa ‘dejar de molestar’.

Pasando al aspecto étnico de la palabra, y tanto como para friccionar un poco las afirmaciones de Corominas, el africanista Néstor Ortiz Oderigo da como primera acepción de *mondongo* al pueblo africano que en la Argentina constituyó una cardinal nación. Proviene del ex Congo. Presumo que el autor debe haber escrito esto en el intervalo de algunas décadas en el que la actual República Democrática del Congo, antigua colonia belga, se llamó Zaire.

En Cuba, también existieron los congo mondongos –y con esta denominación llegó a hacerse famoso un cabildo o cofradía afrocubano–. Los mondongos eran vasallos de los benguelas. Ambos grupos etnoculturales llegaron al Río de la Plata con la corriente esclavista, por lo cual uno de los barrios de nuestra capital se denominó ‘barrio del Mondongo’”, dice Ortiz Oderigo en alusión –presumo– a Monserrat. “En Haití, hasta la hora presente, circulan páginas musicales vinculadas con la religión vodún, en que aparece el nombre de congo-mondongo. El conjunto vocal e instrumental Damballa Wedo Singers, proveniente de “la isla mágica” (como llama Ortiz Oderigo a Haití), grabó en un disco de setenta y ocho revoluciones por minuto, la pieza rotulada “Mondongue Oh ye ye ye”. La dicción acoge también la denominación de una danza traída al Nuevo Mundo por los esclavos de ese nombre.

Para aproximarse a la morfología de la palabra, Ortiz Oderigo se apoya en su tocayo Fernando Ortiz (el gran africanista cubano), quien explicaba que “el reino Angola se llamó Dongo, vocablo al cual se le antepuso el prefijo gentilicio *mu-*, de los idiomas bantúes, y nació la expresión *mu-dongo*, de la que derivó *mondongo*”. Es decir que, al revés de lo que ocurre en castellano y en casi todas las lenguas de origen europeo (si no en todas), el gentilicio en esta lengua africana se construye con prefijo y no con sufijo. Los derivados que se registran en el diccionario de Ortiz Oderigo son *mondonga* ‘criada doméstica’, *mondongudo* ‘persona o animal de vientre muy pronunciado’, *mondonguería* ‘comercio en el que se expende mondongo’, *mondonguero* ‘persona encargada de la venta de mondongo’.

El oriental Alberto Britos Serrat, en su *Glosario de afronegrismos uruguayos*, agrega significados como ‘barrio de negros de Montevideo y Buenos Aires’, y ‘negritos carabalí mondongo’, comparsa del Palenque San Basilio, en Colombia.

Uno de los fundadores de nuestra Academia, Francisco Romay, el gran historiador de Monserrat, da cuenta de que a ese barrio la presencia de negros hizo que se lo llamara alternativamente “Barrio del tambor” (por la inclinación musical percusiva de los africanos) y “Barrio del mondongo”, “porque a los negros le[s] entregaban achuras en el matadero situado un poco más al sur, entre los que se hallaba la parte conocida con el nombre de mondongo que aquellos gustaban casi con preferencia”. Es aquí donde se desarrollan las sangrientas escenas de “El matadero”. En una de las tantas escenas violentas, ese órgano comestible es motivo de disputa: “[...] cuatro adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero”. Esto ratifica el carácter eminentemente vacuno que

siempre tuvo el mondongo en nuestro país, pues en el relato sólo se alude a las vacas como objetivo de la faena.

De los cantos de las naciones negras porteñas que han sobrevivido de la época de Rosas se rescata la siguiente estrofa:

Lo tambo tengüemo fieta,  
San Telmo, lo Monserrá,  
la Concesión, lo Mondongo,  
se juntaron la nacione  
¡e' cacique lo rey congo!

El doctor René Favalaro nació en otro Barrio del Mondongo, el de La Plata, y su denominación informal, por supuesto, ya es del siglo XX. Así se lo llamó porque allí habitaban muchos obreros que se desempeñaban en los frigoríficos de Berisso y Ensenada. La tradición indica que, cada semana, los trabajadores de esos establecimientos recibían gratis esa víscera vacuna. La mayoritaria adhesión de la gente del Barrio del Mondongo de la capital provincial al equipo de fútbol de Gimnasia y Esgrima La Plata (Favalaro, entre ellos) fue la que les dio el apelativo de *triperos* a los hinchas de ese club.

Están claras las dos interpretaciones que presenta la procedencia de la palabra. Por un lado, la española peninsular, como lo demuestra autorizadamente Corominas con irrefutables pruebas cronológicas, y, por otro, se suma una voz casi idéntica de raíz africana, que se encuentra incluso (y esto me parece muy importante) en una colonia francesa como Haití. El mismo Corominas señala una vinculación con otra lengua que llega a España proveniente del África, el árabe, que, aunque no nació en ese continente, es una lengua semita que se africanizó fuertemente por la difusión del Islam en aquellas tierras.

En una obra reciente del lingüista congoleño Daniel Mutombo Huta-Mukana, *Propuesta de una lingüística africana globalizante y liberadora* (editada en francés en 2006 y traducida al español en 2007), se deja en claro que la tantas veces nombrada como “lengua bantú” en realidad es una familia de lenguas desparramada por buena parte del continente negro. Si bien su alcance no llega con fuerza al norte, vale recordar que los conquistadores musulmanes que se instalaron en España hablando árabe tenían esclavos africanos de todos lados. También existen hablantes bantúes que abrazaron la fe del Islam. Se puede especular, sólo eso por ahora, con que se haya dado una incorporación semejante a la que registramos en América de la palabra *mondongo* al árabe medieval que llegó a la península ibérica.

Otra posibilidad, también apenas eso (aunque habría que explicar por qué la voz aparece en una colonia de habla francesa), es que el término africano *mudongo*, por contaminación fonética, con esa menudencia despreciada, que constituía un alimento frecuente de la dieta de los esclavizados, algunos de los cuales eran mudongos, haya modificado fonéticamente a este gentilicio. A la vez, se habría producido un desplazamiento metonímico favoreciendo este proceso. Los mudongos comen mondongo; luego viene la metonimia beneficiada por una acústica parecida, de modo que la achura y la comunidad son designados con la misma palabra.

Es muy común esta asociación de alimentos con topónimos (nombres geográficos) o sus derivados, los adjetivos gentilicios: así tenemos milanesa, hamburguesa, chantilly, provenzal, gruyere; las bebidas alcohólicas champagne, coñac, jerez, los vinos borgoña, Málaga, marsala, el licor peruano pisco. Berlinese es la alternativa elegante con la que en algunas panaderías rebautizaron a las bolas de fraile (las que, por otra parte, tienen alguna variante nominal menos elegante, todavía).

De la metonimia, se pasa con mucha facilidad a la metáfora lunfarda, por demás evidente, cuando se le dice *mondongo* al ‘vientre’ o a la ‘panza’, si se quiere, de los seres humanos. Así lo hallamos en un poema de Carlos de la Púa de *La crencha engrasada* (1928), cuando se narra una reyerta en la que uno de los contendientes “con la fariñera le cortó el mondongo, / a un gil rechiflado por culpa del vino”.

Más allá de la raíz española, o de la casual fonética africana, o la combinación de ambas que se puede haber verificado en el Nuevo Continente, estamos otra vez ante el típico modo de la comparación para que se incorporen espontáneamente vocablos al habla popular.

Buenos Aires, 6 de septiembre de 2014

DANIEL ANTONIOTTI

Académico de número

Titular del Sillón “Enrique González Tuñón”